

Tanto le gustaron á este soberano los honores, que decretó por sí los que no se le hicieron espontáneamente, y en el año 1453 dispuso una entrada triunfal en Reggio á imitación de la que el rey Alfonso había tenido en Nápoles.

De Ferrara pasó Guarino á Verona, aunque no con la alegría que deja suponer su poesía dirigida á sus paisanos y titulada: *Guarinus ad Veronenses sub patria nomine eum vocantes*, sino con la presunción triste de que no les hallaría muy dispuestos á hacer sacrificios por las letras.

Tan grande fué su celo en la educación de la juventud y tan felices los resultados que coronaron sus esfuerzos, que el papa Pio II (Eneas Silvio) dijo: «Ha sido maestro de casi todos los que en nuestro tiempo se han distinguido en el cultivo de las humanidades.» Su ramo especial era la enseñanza de las lenguas antiguas, pero al mismo tiempo veló también por el perfeccionamiento moral de sus discípulos, porque era hombre religioso, y en sus ratos de ocio estudiaba la Biblia, se carteaba y trataba personalmente con personas reputadas por santas. Sin embargo, también defendió las letras profanas contra el espíritu exclusivista de los eclesiásticos fanáticos, y esta misma mezcla de principios religiosos severos y del estudio de humanidades trató de inculcar á sus alumnos.

La enseñanza, que tan á pechos tomó, le dejó todavía tiempo para escribir gran número de obras literarias, como traducciones del griego, discursos de toda clase, lecciones é introducciones para los cursos universitarios, disertaciones filológicas y críticas sobre autores griegos y latinos, poesías y discursos en prosa para celebrar determinados sucesos. De todos estos trabajos pocos fueron dados á la estampa, bien que muchos de los que se han conservado manuscritos (mas de ciento) lo merecían. Como todo literato, tuvo sus apologetas y sus críticos; Bartolomé Fazio fué de los primeros, Pablo Cortese de los segundos: este dijo que Guarino habría hecho mas por su celebridad si hubiese seguido el ejemplo del gran Victorino de Feltre, que nada escribió contentándose con su fama de profesor. El caso era que Guarino no se pareció á Victorino en mansedumbre ni en la calma de sabio á pesar de que le gustaba citar con frecuencia aquel dicho de Jenócrates: «Muchas veces me he arrepentido de haber hablado, pero nunca de haber callado.» Guarino, muy al contrario, tuvo muchos disgustos por la violencia con que se mezclaba en controversias sobre cuestiones nimias, como entonces era costumbre, por ejemplo sobre quién había sido mas grande, si César ó Escipión, y otras por el estilo, que solían conmover en aquellos tiempos á los literatos como si se tratara de las cosas mas importantes. Mas de una vez hubo de disculparse públicamente de ciertos juicios emitidos con demasiada ligereza, como cuando alabó con su precipitación apasionada el *Hermafrodita* de Beccadelli, generalmente reprobado.

Bolonia, gobernada por los Bentivoglio, tuvo poca influencia en la política de Italia ni bajo el gobierno del eminente Juan II. Tampoco se contaba su universidad entre las mas brillantes, á pesar de ser una de las mas antiguas de Italia; pero no por esto dejó de ejercer una influencia notable en el Renacimiento ó cultivo de las humanidades, porque fué la mediadora entre la Italia intelectual y la Alemania. Efectivamente, en todo tiempo la de Bolonia fué la universidad donde estudiaron mas alemanes, sobre todo en la época del Renacimiento, y además merece una mención especial por los profesores que allí enseñaron, aunque adquirieron su celebridad en otras ciudades, como Filelfo, Guarino de Verona, Juan Aurispa, célebre profesor de lengua griega, y Codro Urceo, que merece un puesto especial aquí por su saber

profundo, que lució exclusivamente en Bolonia, y por la influencia que tuvo en el movimiento intelectual de aquella época.

Nació Urceo en el año 1446, en Rubiera, y despues de haber hecho sus estudios, pasó algunos años en Forli en calidad de maestro en la familia Ordellaffi, desde donde en 1482 se trasladó á Bolonia y allí ocupó la cátedra de griego hasta su muerte en 11 de febrero de 1500. Grande fué su fama de profesor y vastísimo el campo de su actividad, tanto que acudían para oír sus explicaciones de griego jóvenes de todas partes de Italia y de Alemania, y no faltó quien dijo que hasta el célebre Nicolás Copérnico había sido uno de sus discípulos, si bien esto es bastante inverosímil.

También era Urceo excelente latinista, según lo acreditan las poesías que compuso en esta lengua, como panegíricos de príncipes y de hombres famosos en las letras, entre ellas una dedicada á Homero, al cual Codro Urceo profesaba una veneración especial. Otras poesías latinas del mismo autor celebran sucesos de la época y todas demuestran su talento notable y su buen gusto, entre otras los comentarios de la *Aulularia* de Plauto, que prueba una erudición grande, y sus traducciones y discursos, por lo general arreglados y compuestos antes de pronunciarlos. Estos se distinguen ventajosamente de las composiciones análogas de otros autores humanistas por su brevedad y lenguaje sobrio y preciso.

Codro Urceo no era solamente notable por su erudición, sus tareas literarias y su enseñanza, sino también por su carácter é índole personal. No era crítico rabioso como la mayoría de sus colegas del Renacimiento, ni ávido de ponerse en evidencia ni deseoso de alabanzas; vivía casi retirado del mundo sin hacer caso de lo que de él se decía, rechazando los elogios que se hacían de él con las palabras: *Sibi scire videntur*. Pidió que en su epitafio se pusieran solo estas dos palabras: *Codrus eram*, que indican su modestia á la par que la conciencia varonil legítima de su mérito. Era bondadoso y dadivoso con sus discípulos, que agradecidos le llamaban padre y procuraban hacerle olvidar la falta de familia; en cambio con las personas á las cuales nada debía, era avaro y hurano. Decididamente, era libre-pensador en materias religiosas, se burlaba francamente de las necias discusiones teológicas de los clérigos; satirizaba su conducta inmoral, se reía de la inmortalidad del alma, y cuando su casa fué destruida por un incendio, declaró públicamente que retiraba su veneración á la Virgen y que en adelante se asociaría para siempre con el diablo. Estas ideas independientes se asociaban en aquel tiempo muy bien con la superstición mas crasa, y Codro Urceo no era una excepción de esta clase de espíritus avanzados, porque entre otras necedades creía que el año que acababa en 54 era un año de desgracia, porque sus decenas y unidades formaban un producto de los números 6 y 9; pero por esta misma mezcla de sabiduría, superstición y demás cualidades buenas y malas, es para nosotros un tipo muy característico de aquella época.

CAPITULO X

LORENZO DE MÉDICIS

Lorenzo de Médicis era hijo de Pedro el Gotoso y nieto de Cosme, al cual se parecía mas en sus cualidades que á su padre. Su madre, Lucrecia Tornabuoni, le dió además de la vida, su «natural alegre y la afición á componer fábulas,» porque ella, mujer bella y hacendosa, buena madre de sus siete hijas, se recreaba en el seno de su familia, pero también procuraba por el lustre de su casa y le gustaba tomar parte en los sucesos públicos como en el movimiento literario. Com-

puso poesías, loas, cánticos religiosos alabando á la Virgen y al Mesías; tradujo pasajes de la Biblia y favoreció y vió nacer el gran poema caballeresco de Luis Pulci, del cual hablaremos mas adelante, y que enaltece de una manera cómica las fechorías de esforzados caballeros, pero también ataca con odio feroz á los sacerdotes y la creencia en los milagros con frases anti-religiosas.

Lorenzo de Médicis nació el 1.º de enero de 1449, época turbulenta y de luchas interiores con partidos contrarios. El príncipe Cosme había recomendado á su hijo y sucesor Pedro como uno de los partidarios mas firmes y mas fieles de su casa, á un tal Diostesalve Neron, el cual propuso á Pedro que retirara los capitales que su padre había prestado sin interés á muchos de sus partidarios. Estos con tal medida quedaron en extremo descontentos y facilitaron la conspiración que el tal Diostesalve proyectaba con otros hombres notables, contra el gobierno de los Médicis en general y contra la vida de Pedro en particular. A los conspiradores nunca faltan pretextos: la santa palabra de libertad, que ha resonado en todas las luchas interiores y en muchas guerras exteriores, en todos los pueblos y tiempos, palabra que había resonado en Florencia ya en el año 1434, cuando el pueblo se levantó para entregarse á los Médicis, volvió á resonar en 1494 contra ellos. Los conspiradores hablaron como siempre de los derechos conculcados del pueblo, pero con el propósito de imponer su despotismo al mismo pueblo tan pronto como hubiera quedado vencedor; querían para sí la independencia que predicaban y exhortaban al pueblo á que la conquistase, reservándose el someterle á una nueva esclavitud. Este es el sentido de todas aquellas conspiraciones, aunque son diferentes los nombres de Médicis, Soderini, Pitti y Neroni. Este fué también el de la conjuración del año 1466, que fué sofocada merced al afecto que profesaba el pueblo á la casa de Médicis, y así Pedro hijo de Cosme, pudo gobernar el Estado hasta su muerte, que ocurrió en 3 de diciembre de 1469. El gobierno y el partido revolucionario habían entrado ya en tratos con jefes guerreros para reforzar con ellos y sus tropas su acción, y todo estaba preparado cuando se perdió por la imprudencia de algunos conjurados, apostados para asesinar á Pedro en el camino por el cual tenía costumbre de pasar desde su quinta de Carreggi á la ciudad. Aquel día pasó su hijo Lorenzo temprano por allí y uno de los apostados, que le parecieron sospechosos, le preguntó si su padre estaba todavía en la quinta; Lorenzo contestó en tono tranquilo y pasó adelante, como sin dar muestras de sospecha, pero apenas hubo perdido de vista á aquellos hombres mandó corriendo á uno de sus criados á la quinta para avisar á su padre del peligro é instarle á que tomara otro camino, y así se salvó.

Lorenzo y su hermano Julian I, que sucedieron juntos á su padre y juntos se encargaron del gobierno de la república, habían recibido una educación literaria primorosísima. Ambos se desarrollaron intelectual y corporalmente, y se distinguieron en todos los ejercicios varoniles, pero Lorenzo, además, como poeta y orador, sobresalió entre la juventud florentina.

Un amigo de Lorenzo, llamado Braccio Martelli, dispuso en 1467 un torneo para celebrar el casamiento de su hermana. Lorenzo quedó vencedor y recibió el premio de manos de Lucrecia Donati, la cual, con los demás amigos, le exigió la promesa de dar también un torneo. En 1469 cumplió su palabra, y este torneo, en el cual quedó también vencedor Lorenzo, fué una de las festividades mas solemnes que en Florencia se habían visto. El lujo que se desplegó, y en el cual también excedió Lorenzo á todos los demás, fué deslumbrador; pero todo este brillo quedó oscurecido por la reina de la fiesta, la misma Lucrecia Donati, el ideal de Lo-

renzo, de quien permaneció fiel amante toda su vida (1) y la dedicó un gran número de sonetos hermosos, elegantes y llenos de ideas que pintan la vida de amor, sus penas, cuitas, dolores y glorias. Algunas de estas composiciones se parecen en el sentimiento y lenguaje á las de Petrarca, con su voluptuosidad del dolor y de la privación, y su armonía maravillosa, que distingue á los sonetos de los poetas del siglo XIV y XV tan ventajosamente de los posteriores.

Aquel mismo año del torneo que dió lugar al amor poético de Lorenzo de Médicis, fué también el año de su casamiento con Clara Orsini, á quien su madre le había buscado á fines del año anterior en Roma. Era Clara una joven bella y rica, que dió á su esposo tres hijos, Pedro, Juan y Julian. Ambos esposos, que se amaban entrañablemente, educaron de comun acuerdo á los tres jóvenes, y á la muerte de la madre en 1488 continuó educándoles el padre en el sentido que lo había hecho aquella. En ninguna de sus poesías habla Lorenzo de su esposa, evidentemente para no profanar su vida y dicha domésticas, pero en sus cartas ya era otra cosa, y así como despues de su boda no pudo menos de hablar de su felicidad conyugal, del mismo modo sintió la necesidad de comunicar su dolor á la muerte de su esposa, como en efecto lo hizo nada menos que en un documento diplomático dirigido al papa Inocencio VIII, en estos términos: «La muerte reciente de mi amada y dulce Clara me causa por infinitas razones tan gran dolor, que ha postrado mis fuerzas, aunque las creía á prueba de los golpes mas duros del destino. Privado de la sociedad de mi amable compañera y la felicidad de mi vida doméstica, siento que mi resistencia ha llegado á su último límite, y no encuentro ya tranquilidad ni consuelo para mi profundo dolor.»

El mismo año de su casamiento murió su padre Pedro, despues de cinco años de un reinado agitado, lleno de luchas y guerras contra muchos adversarios sin tener tiempo de vencerlos á todos. Maquiavelo ha conservado un discurso que Pedro pronunció poco antes de su muerte, en presencia de los magnates florentinos, y en el cual caracterizó perfectamente la posición singular de su familia á la cabeza del gobierno y en frente de la resistencia de los grandes y notables, diciéndoles: «Vosotros despojais á vuestros vecinos de sus bienes, vendeis la justicia, eludís resoluciones de la república, oprimís á los pacíficos y elevais á los soberbios. Yo creo que en toda la Italia junta no se ven tantas violencias ni tanta codicia como en esta ciudad. ¿Os ha dado vuestra patria la vida para que le quiteis la suya? ¿Os ha hecho sus dueños para que la destruyais? ¿Os ha honrado para que la vilipendieis?»

En este estado se hallaba la república florentina cuando Lorenzo de Médicis se encargó del gobierno, habiendo salido apenas de la adolescencia, y le sucedió lo que su padre le había anunciado poco antes de morir: «Ten presente que has de envejecer antes de tiempo.»

Lorenzo era alto, de color cetrino, cabello negro; el sonido de su voz era por lo general ronco, pero su trato era amable y en la conversacion se mostraba elocuente, sagaz, chistoso y aun mordaz, hasta el punto de aumentar notablemente el número de chistes y burlas que tanta nombradía dieron á Florencia entre las otras ciudades de Italia en el siglo XV. Un ciudadano míope de Sena le dijo que el aire de Florencia dañaba la vista, y Lorenzo le contestó: «Y el aire de Sena daña á los sesos.» Le gustaba levantarse tarde, y á un conoci-

(1) Habla el literato. El hecho fué, como se verá luego, que aquel mismo año se casó Lorenzo con Clara Orsini para la cual fué un esposo amante, y ambos vivieron felices hasta que la muerte les separó. Este amor con la Donati fué como el de Petrarca con su Laura.

do que un día le reconvino por esta costumbre diciéndole que él ya había oído misa, le contestó Lorenzo que él lo había hecho mejor, que había dormido y soñado. Era amigo de todos los placeres, pero no abusaba de ellos, y conservó así su vigor y salud; solo el amor á las mujeres le condujo á menudo mas léjos de lo regular, unico defecto que Maquiavelo encontró que vituperar en él. Breve en el hablar, era

rápido en la acción, porque ponía toda su alma en la obra que una vez emprendía. «Así soy yo,—dijo en una ocasión;—ocupado en una cosa, no valgo para ninguna otra.» No era déspota, pero le gustaba mandar y ser obedecido al instante. Un embajador veneciano dijo de él: «Antes de abrir su boca para hablar, ya habían dicho sus ojos lo que quería.» En su trato era franco y natural, porque le repugnaba simular y fin-



Busto de Juan II Bentivoglio, relieve que se halla en la iglesia de San Jacobo en Bolonia, y que se supone obra del escultor Francia

gir, y por lo mismo era mas fácil de conocer que todos sus contemporáneos.

Valiente y arrojado, no rehuyó nunca el combate y en no pocas ocasiones arrojó los mayores peligros. Su adagio favorito, «los tiempos vuelven,» nos revela sus ideas sobre la vida, el pasado, el presente y el porvenir.

Este hombre al empuñar las riendas del gobierno de su patria se encontró con tres grandes problemas que resolver: la pacificación, administración y embellecimiento de Florencia; el sostenimiento de la dignidad é influencia de la república en Italia, y por último, el cuidado de las guerras exteriores. En todos estos tres conceptos Lorenzo de Médicis fué blanco de severos cargos por parte de sus compatriotas, los cuales le acusaron de haber oprimido la república con su despotismo, de haber perjudicado á toda la Italia,

privándola del concurso de Florencia, y de haber facilitado á potencias extranjeras la entrada en Italia.

En todo esto hay gran parte de verdad, pero la culpa no fué toda de Lorenzo, y respecto del primer punto se puede decir que ni tiranizó á los florentinos ni trató nunca de derribar las instituciones republicanas ni atribuirse el título y los derechos de príncipe. Como antes, el pueblo eligió durante su gobierno los funcionarios públicos y estos conservaron como antes los deberes y derechos anexos á sus empleos. El caso fué que Lorenzo se vió asediado de peticionarios, la mayor parte importunos, que mendigaban recompensas por servicios que no habían hecho, y empleos que no merecían; fugitivos políticos y literatos que solicitaban auxilios, y hasta monjas que buscaban su recomendación para con el papa á fin de canonizar á parientes difuntos; y no sabía cómo des-

embarzarse de tanto parásito sin aumentar el número de sus enemigos y adversarios.

Tampoco rebajó á la Italia. Verdad es que en su tiempo bajó Florencia de la cumbre adonde había llegado en tiempo de los gobiernos anteriores, pero esto fué debido á circunstancias que no estuvo en su poder dominar, como por ejemplo el poder del papa Sixto IV y el del rey Fernando de Nápoles, sus dos enemigos principales, con quienes tuvo que sostener en el año 1478 y parte del siguiente una guerra en que las armas de Florencia perdieron, porque las tropas de la república no eran aguerridas, ni su jefe, Lorenzo de Médicis, perito en el arte militar como las tropas y capitanes del papa y del rey de Nápoles. Viendo que de ningún modo

podía hacer frente con éxito á dos adversarios tan superiores, tuvo el valor cívico de ir, en 1479, á presentarse personalmente en la corte de Nápoles para negociar la paz; empresa arriesgadísima que llamó la atención de toda Italia, porque diez años antes había hecho la misma tentativa uno de los capitanes mas famosos, Jacobo Piccinino, confiando en los sentimientos humanos del rey Fernando, el cual pensó de una manera muy distinta é hizo matar al infeliz Piccinino. Todo el mundo predijo igual suerte á Lorenzo de Médicis, pero este dijo á sus amigos que trataban de disuadirle, que prefería devolver la paz á su patria aun á costa de su propia vida, y que embajadores y grandes personajes le habían aconsejado de palabra y por escrito que con-



Pedro (Piero) de Médicis; busto hecho por Mino, que se encuentra en el palacio de Bargello en Florencia

fiera en la generosidad del rey, y estaba resuelto á seguir su sabio consejo. La empresa tuvo el éxito deseado, y merced á sus cualidades personales y á sus buenos empeños se firmó en 24 de marzo de 1480 la paz, por cierto humillante para él y su país, porque este hubo de restituir todas las conquistas, dejar libres á todos los prisioneros de guerra y pagar un tributo anual al rey de Nápoles. No fué tan fácil aplacar el odio del papa, que había excomulgado á Lorenzo de Médicis, y no revocó esta sentencia sino cuando los turcos invadieron la Italia y se apoderaron de Otranto. En tan duro aprieto, el papa necesitó el dinero del opulento florentino y le volvió á admitir en el gremio de la Iglesia en junio de 1481, autorizándole al propio tiempo á establecer en Roma una casa de banca. Un siglo despues se acusó á Lorenzo de haber llamado á los turcos á Italia, pero sin fundamento alguno, segun evidencian los documentos y testimonios de su tiempo. Tampoco puede hacerse recaer sobre Lorenzo de Médicis toda la culpa de la invasión francesa en Italia, porque mucho antes de él habían negociado otros príncipes italianos con los soberanos de Francia, y mucho antes de él sabía el rey Luis XI cuáles eran los gobiernos y personas influyentes en Italia con quienes podía contar en un caso de invasión. Por

supuesto que Lorenzo era hijo de su época, y en asuntos de patriotismo, interés personal é ideas de honor no se diferenciaba gran cosa de sus coetáneos. Hay que agregar á esto que además de ser gobernante de la república florentina, era uno de los comerciantes mas activos de Europa y no podía pasarse sin el mercado y el oro de Francia, pero á pesar de todo, no llegó nunca á humillarse hasta ser esclavo de los reyes franceses. Sostuvo relaciones amistosas con estos soberanos, pero sin sacrificar su libertad de acción. Si el rey Luis XI le trató de primo, guardó Lorenzo atenciones análogas, y conociendo el fanatismo religioso de Luis XI y sabiendo su afán de rodearse de reliquias milagrosas y de otros objetos sagrados, sobre todo en el último período de su vida, le envió los anillos milagrosos de San Zenobio, pero cuando Luis envió una embajada á Florencia para preguntar si podía contar positivamente con el apoyo de la república, ausentóse Lorenzo de su capital para eludir la contestación y el consiguiente compromiso, diciendo á sus amigos, bien que esto no está comprobado: «No he llegado todavía á tanto que prefiera mi interés al de toda la Italia. ¡Quiera Dios que jamás ocurra á los reyes de Francia probar su fuerza en este país! Si á tanto llegasen, no habria salvación para Italia.» Se sabe

sin embargo, de cierto que dijo lo que sigue: «No me gusta que trasalpinos y bárbaros (franceses y alemanes) empiecen á mezclarse en los asuntos de este país, porque no podemos estar mas desunidos de lo que estamos, y además somos tan falsos que saldríamos mal parados y cubiertos de vergüenza. Los sucesos recientes pueden servirnos de enseñanza para el porvenir.»

Ya hemos dicho que los Médicis no gobernaron sin oposicion en Florencia y que hubieron de luchar contra partidos poderosos y revoluciones. Cosme de Médicis se habia visto desterrado y llamado otra vez; su hijo Pedro á duras penas se libró de una celada donde debia encontrar la muerte, y los hijos de este, Lorenzo y Julian, lo pasaron aun peor; Julian fué asesinado y Lorenzo pudo escaparse á duras penas de igual suerte. En 26 de abril de 1479 asistieron los dos hermanos con un brillante séquito al servicio divino en la iglesia principal de Florencia, cuando durante el sacrificio de la misa, resonó una voz que era la señal convenida entre los conjurados, los cuales al instante cayeron sobre los dos hermanos y sus partidarios. Un soldado mató á Julian, que solo habia acompañado á su hermano á la fuerza, porque estaba todavia débil y convaleciente de una enfermedad; dos clérigos menos prácticos en el oficio de matar, cayeron sobre Lorenzo, que se desembarazó de los asesinos y consiguió escapar de la matanza con una herida ligera en la nuca. Asesinatos en sitios sagrados no eran cosa rara entonces, pero lo era sí que dos clérigos se encargasen de semejante felonía, despues que un bandido de oficio se habia negado á tomar tal encargo. Se ha supuesto que era sabedor de lo que se intentaba el mismo papa Sixto IV, ya como cómplice, ya como alma de todo; pero los jefes visibles fueron miembros de la familia Pazzi, emparentada con los Médicis por casamientos, y reñida con ella por envidia y competencia de comercio. Los Pazzi estaban además estrechamente relacionados con Sixto IV, de funesta memoria, cuyo sobrino Jerónimo Riario y el arzobispo de Pisa habian declarado guerra á muerte á los Médicis, á quienes consideraban como el obstáculo principal que impedia la extension de su dominio en Imola. Por eso procuraron enviarlos brutalmente al otro mundo de la manera indicada.

Pronto quedó sofocada la rebelion, quedando al fin burladas las esperanzas de sus autores y solo contribuyó á aumentar el partido y el poder de los Médicis. Desde entonces gobernó Lorenzo tranquilamente, y aprovechó la paz para dedicar su atencion y riquezas á las artes y á la literatura, si bien necesitó de toda su buena voluntad, entusiasmo y dinero así como de toda su energía, paciencia y discernimiento para elegir sus hombres entre la legion de cantores, bailarines, poetas y artistas que acudieron á él hambrientos de dinero, de honores y de fama.

Siguiendo el principio noble de su abuelo Cosme de Médicis, de honrar los restos y memoria de los grandes hombres de otros tiempos, habia solicitado, á su paso por Espoleto en el año 1469, del consejo municipal de esta ciudad los despojos mortales del pintor Fray Felipe Lippi, que habia muerto allí; y como el municipio no accediera á su solicitud, honró la memoria del célebre artista erigiéndole un monumento en la misma ciudad de Espoleto con una inscripcion del poeta Policiano.

Entonces empezó á florecer la pintura en Florencia, y en la corte de Lorenzo se reunia un número notable de eminencias en este arte que recibieron de Lorenzo toda clase de auxilios, con encargos, observaciones críticas y motivos dignos de su talento. Entre los pintores, Antonio Pollajuolo recibió el encargo de pintar á Hércules y á Anteo; Baldovinetti pintó la visita de la reina de Saba á la corte de Salomon,

dando á este rey la fisonomía de Lorenzo de Médicis; y Domingo Ghirlandajo representó al mismo Lorenzo bajo la figura de San Francisco. Mas que la pintura le gustó la escultura, porque tenia mas relacion este arte con la antigüedad y podian imitarse y servir de guía las obras que habia dejado y que se habian librado de la destruccion. Su abuelo Cosme y su padre Pedro habian reunido ya un verdadero museo de obras plásticas antiguas, tanto que su valor se calculaba á la muerte del segundo en 28,000 florines de oro. Lorenzo se ocupó con ardor mayor todavia en aumentar, herosear y ordenar la coleccion. Para atraerse su favor bastaba darle noticia de alguna obra antigua ó ir á caza de estas obras, y habiendo encontrado una, ya no paraba Lorenzo de Médicis, por distante que fuera el país y por alto que fuese el precio, hasta tenerla en su poder. Para sacar fruto de esta coleccion fundó en los jardines que rodeaban su palacio una academia, de la cual nombró director á Bertoldo, el escultor entonces de mas fama, discípulo predilecto que habia sido de Donatello, y que atrajo y formó un gran número de discípulos distinguidos, que todos vivian alojados en el palacio para estar siempre á la vista de Lorenzo y de su maestro y recibir continuamente los avisos, explicaciones, instruccion y ejemplo de ambos. Los artistas inmortalizaron de esta suerte á Lorenzo, á su director y á su academia; y entre ellos uno solo, Miguel Angel, era en efecto bastante para hacer inolvidable el museo, á su fundador y á su director. Miguel Angel entró muy jóven en la academia y adquirió pronto las simpatías de su maestro y de Lorenzo por su aplicacion y por la docilidad con que admitia y seguia todos los consejos que uno y otro le daban. Quiso mostrar su gratitud á su generoso protector representándole en las esculturas del mausoleo de los Médicis, cuya construccion le fué encargada cuando ya habia adquirido celebridad; pero no lo hizo, porque el plano que prevaleció no le permitió realizar su intencion.

Lorenzo de Médicis no olvidó la literatura, las ciencias y la poesía: de suerte que artistas y poetas rivalizaron por enaltecer á su protector y bienhechor, si bien los últimos lo hicieron en su mayor parte con la repugnante exageracion y adulacion rastrera de los panegiristas pagados. Algunos tuvieron siquiera el propósito de encerrar sus elogios dentro del círculo de la verdad, pero fueron muy pocas las apologías dictadas por el corazon agradecido. Entre estos talentos nobilísimos cuanto escasos figuran Policiano y Pico de la Mirandola, autor el primero de una poesía preciosa titulada *Laurel*, bajo cuyo nombre debe entenderse el de Lorenzo, y el segundo de una carta en la cual enaltece la virtud, los hechos y el estro poético de su Mecenas, estableciendo paralelos entre Lorenzo, Dante y Petrarca, diciendo del Dante que se habia distinguido por la grandeza de los motivos, pero que no tuvo el don de manejar y enriquecer la lengua; del Petrarca que en efecto la enriqueció, pero que careció en cambio de ideas, mientras Lorenzo de Médicis superaba á los dos, porque abundaba en ideas y dominaba el idioma. No todos estarán conformes con este elogio, pero nadie negará á Lorenzo de Médicis el estro poético, acreditado por sus sonetos amorosos, y sus poesías en las cuales pinta la vida que pasa en el círculo de sus amigos. En la titulada *El festín*, refiere que, hallándose parado á la puerta de la ciudad vió venir á sus amigos regresando de un festín, todos mas ó menos tomados del vino. Luego hace la descripcion de cada uno con observaciones joviales y maliciosas; de un tal Adovardo dice que prefiere ser llamado Sed que no Adovardo, porque la sed era la cosa mas singular que Dios habia dado al hombre, y de otro llamado Piovano Artollo dice que se apartó de la alegre cuadrilla para buscar la sed que habia perdido.

En otra poesia, titulada *La Nencia de Barberino*, describe el amor campestre entre una muchacha y un mozo, labriegos ambos, lo cual le da ocasion de entretener canciones populares y dar un cuadro natural, franco y sin afeites de la vida popular. En muchas otras poesías describe la misma vida rústica, juntamente con la alegría y expansion que siente con sus amigos cuando se escapan del polvo de la ciudad y gozan con el corazon agradecido de las bellezas de la naturaleza. Esta elevacion sucesiva de ideas era mas conforme á su carácter que los motivos cómicos. En muchas poesías empieza por cosas fútiles y acaba con pensamientos religiosos, y en cambio desarrolla principios políticos en un auto sacramental, que trata de los apóstoles San Juan y San Pablo. En esta pieza describe la vida del emperador Constantino, que viendo pasar el tiempo fugaz y sintiendo aproximarse la muerte se despide de su hijo en términos que representan un testamento político al gusto del autor, viniendo á decir que el príncipe no debe de buscar sus satisfacciones personales, sino el bien general; que no debe entregarse al sueño, sino que su deber es velar cuando los demás duermen; que haya justicia sin miramiento á personas ni categorías, que debe apartarse de la avaricia como de la voluptuosidad, ser afable, cortés, agradecido y juzgarse feliz con ser el servidor de sus servidores.

En sus himnos y otras poesías religiosas expresa en magnífico lenguaje sentimientos que se distinguen muy ventajosamente de los que eran corrientes en su tiempo, porque segun Jacobo Burckhardt llevan el sello franco del deísmo, que se funda en la idea de que el universo es una entidad en la cual se ha personificado Dios, y que el alma humana puede conocer á Dios é identificarse con Dios, ya admirándole desde su punto de vista de criatura, ya dilatándose rebosando de amor á Dios y penetrando en lo infinito; casos ambos que constituyen la bienaventuranza en la tierra. Estas ideas son muy diferentes de las que entonces corrian, pues las unas, como las de la Edad media, miraban el mundo como un valle de lágrimas sobre el cual debian velar el emperador y el papa hasta la llegada del Antecristo, y las otras, que tomaron pié con el Renacimiento, consistian ó en un estúpido fatalismo y supersticion ó en pugnas y arremetidas enérgicas contra el yugo eclesiástico.

El ya citado Angel Policiano, que habia nacido en 1454 en Montepoliciano, de cuya poblacion se derivó su nombre y murió en 1494, era el literato principal y mas notable de la corte florentina y merece aquí el primer puesto, porque fué el poeta predilecto de Lorenzo y el que con mas frecuencia y sinceridad ensalzó á su protector, al cual sobrevivió solo dos años. Niño todavia, pasó á residir en Florencia bajo la proteccion de los Médicis y pronto se hizo amigo de Lorenzo. Esta amistad era natural y verdadera, sin adulacion ni rastrería del pobre ni afabilidad orgullosa del rico; era una amistad de dos almas que no pudo destruir la muerte. Habia dicho Policiano á su amigo: «Soy tuyo hasta la muerte», y selló sus palabras con su propia muerte, porque al ver que se descuidaba y se dejaba desmoronar todo lo grande que habia fundado y realizado Lorenzo, se entristeció tanto que siguió á los dos años á su amigo á la tumba. Cuando Lorenzo tuvo hijos, encargó á Policiano su educacion, en cuya posicion este estuvo á menudo en pugna con la madre, que queria dirigir tambien la educacion á su manera, enseñando mas doctrina cristiana que autores antiguos. Estos pareceres encontrados, las discusiones á que dieron lugar y los disgustos que tambien daban los discípulos al maestro, obligaron finalmente á Lorenzo á enviar á su amigo con un pretexto á Fiésole. Cuando volvió á Florencia fué en calidad de profesor público y escritor laborioso. Enseñó el griego y el latin,

dando en esta última clase la preferencia á autores de la llamada edad de plata de la literatura latina, como Quintiliano, Estacio y Persio, ya porque eran menos leídos, ya porque le parecian una especie de introduccion para el latin clásico. Entre los autores griegos prefirió á Aristóteles y los estoicos. A los que censuraban esta eleccion, diciendo que Policiano no se habia ocupado nunca en estudios de filosofia, contestó que enseñaba y explicaba estos autores como gramático y no como filósofo. En este sentido hay que mirar su trabajo sobre el célebre códice de las instituciones de Pisa, obra tan útil á los juristas. Tradujo las obras de los antiguos como filólogo, con tacto, sagacidad y conocimiento profundo, sin pedantería ni sujecion servil á la letra. Era gran admirador de Homero y Ciceron, bien que, siguiendo el espíritu de su época, casi coloca por encima del primero á Virgilio. Hizo un ensayo de traduccion de cuatro libros de la Iliada. No era menor su veneracion á Ciceron, pero por encima de sus méritos colocaba la independencia y originalidad, diciendo por vía de ejemplo ó ilustracion: «A mí me parece mas hermosa la cara de un toro ó de un leon que la de una mona, á pesar de la semejanza de esta con la del hombre, porque cabalmente esta semejanza estrafalaria causa una repugnancia invencible: lo mismo sucede con las imitaciones literarias. Los que solo imitan, sin crear, se parecen á los loros y cornejas, que no comprenden lo que charlan. El hombre ha de saber nadar sin corcho, y así como no puede ser buen andarín el que quiere poner los piés en las huellas del que le precedió, del mismo modo no puede escribir bien el que no sabe salir del círculo de sus autores modelos.»

Policiano mostró tambien esta independencia en materia de religion. Odiaba á la clase clerical y no lo ocultaba; frecuentaba poco las iglesias, y cuando lo hacia, era para oír las necedades y burlarse del latin bárbaro de los predicadores. No por eso era mal cristiano, ni menos podria calificársele de ateo, aunque fuese verdad que dijo que le gustaba mas leer las odas de Píndaro que los salmos de David, y que habia leído las *horas canónicas*, pero que consideraba el tiempo invertido en ello como el peor empleado de su vida. Estas expresiones, si en efecto las dijo, son vituperables, pero de ningun modo ateas, y á ellas pueden oponerse otras propias de un buen cristiano, porque el mismo Policiano solicitaba dignidades de la Iglesia. No era esta la única inconsecuencia de su carácter, pues por un lado era enemigo furibundo de la astrología, mientras que por otro creia en los horóscopos, como tambien en brujas, en la intervencion del demonio en la vida del hombre y en los presagios de muerte, como le sucedió antes de morir Lorenzo de Médicis.

Tambien tenia la conciencia de su mérito y no se avergonzaba de proclamarlo, como cuando escribió al rey de Portugal que si le encargaba la traduccion de las relaciones de los viajes marítimos de los descubridores portugueses, les proporcionaria con ella una celebridad perpetua, y cuando dijo al rey de Hungría, Matías Corvino, que desde mil años á aquella parte nadie habia propagado tanto como él el estudio del griego. El mismo procedimiento seguia en sus controversias con otros, en las cuales el objeto de la disputa era lo menos y lo principal poner sus propios méritos en evidencia y rebajar los del contrario, como sucedió en su polémica con Bartolomé Scala, canciller de Florencia y hombre de mucho mérito, y con su yerno Miguel Marullo, poeta bastante feliz y elogiado por el mismo Policiano antes de reñir. Este último se burló de Scala, porque cometió, segun dice, una gran falta contra el latin clásico en un documento oficial; y de Marullo se cuenta que incurrió en el odio de Policiano porque ambos solicitaban el amor de la hija de Scala que prefirió á Marullo, con el cual se casó. A Scala calificó en